

LA PERSONALIDAD DE JOSE ASUNCION SILVA

Por José Francisco Socarrás
Académico Honorario

Rafael Serrano Camargo, Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, ha escrito esta biografía del eximio poeta José Asunción Silva. Ella nos estaba haciendo falta a los lectores del común. Se trata de un relato sencillo, muy bien hilvanado y en castellano del bueno, sobre la vida y obra del genial colombiano, sin honduras literarias, ni disertaciones sobre las escuelas que influenciaron su obra y, lo más encomiable, sin disquisiciones a propósito de los trastornos psíquicos que pudieron influir en su existencia, apagada por propia voluntad. Con lo anterior no pretendo menoscabar la importancia de quienes se han ocupado entre nosotros del poeta y del escritor como tales, ni la de los que han

ahondado en su personalidad desconcertante. Entre los primeros se destacan Emilio Cuervo Márquez, Rafael Maya, Nicolás Bayona Posada, Roberto Liévano, Alberto Miramón, Carlos Arturo Caparros y Héctor H. Orjuela. Entre los segundos, el propio Miramón, Edmundo Rico y Mauro Torres. Y ahora una síntesis de lo tratado por el académico Serrano Camargo, a lo que agregaré algunas observaciones encaminadas a esclarecer la psicopatología de nuestro admirado compatriota. De antemano advierto que mi propósito principal es trazar una historia clínica descarnada de la enfermedad que lo empujó al suicidio.

LOS ASCENDIENTES

La ascendencia del poeta muestra rasgos que paso a destacar. José Asunción fue hijo del afamado escritor costumbrista y hombre de negocios Ricardo Silva y de Vicenta Gómez Diago. Entre los ascendientes paternos cabe mencionar a Juan Nepomuceno Silva y Ferreira, de San Gil, Santander, quien casó en Bogotá con María Cleofe Fortoul y Santander, parienta del general Francisco de Paula Santander. Del matrimonio hubo dos hijos varones, Antonio María, quien hizo estudios de medicina, no la ejerció pero enseñó terapéutica en la Universidad Central, y José Asunción, que tuvo un almacén en Bogotá, centro de tertulia muy frecuentado. Ambos poseían muchos bienes de fortuna y, por su parentesco con el general Santander, compraron la "Hacienda de Hato Grande" para volverla al patrimonio familiar. En dicho predio sufrieron cruento asalto de forajidos en el que perdió la vida José Asunción y, por razón del cual, Antonio María decidió abandonar la patria para establecerse definitivamente en París. Solterones empedernidos, los hermanos Silva Fortoul dejaron sólo descendencia ilegítima. Hijos reconocidos fueron Ricardo y Guillermo Silva, respectivamente. La madre del primero, María de Jesús Frade, era dama de sociedad al decir del doctor Serrano Camargo. Por el

lado materno había, en buena parte, cepa que venía de Antioquia. Su madre, doña Vicenta, era hija de Vicente Gómez Restrepo y Mercedes Diago y Suescún, y tuvo como abuelos a Salvador Gómez y García y a Mariana o Bárbara Restrepo Isaza. Don Vicente fue representante al Congreso, muy encomiado por el presidente Mariano Ospina Rodríguez.

Al decir de José Manuel Marroquín, Ricardo Silva era hombre gallardo, muy bien parecido, de talante aristocrático. De su carácter dice mucho el hecho de que habiendo padecido enfermedad molesta, "continuó sosteniendo, contra viento y marea, el lustre y decoro de su hogar". "Jamás se quejaba y, por el contrario, tenía siempre para todos un gracejo y una frase amable". Escritor sobresaliente perteneció al renombrado grupo de "El Mosaico", que solía reunirse en su casa, y nos dejó "Artículos de Costumbres" con prólogo del señor Marroquín. Consagrado hombre de negocios, tuvo un almacén de artículos suntuosos. Mantuvo un hogar distinguido, "no sólo por la prestancia social y la indiscutible cultura y belleza de las personas que lo componían, sino también por el lujo y refinamiento casi exagerado o, mejor dicho, por el boato excesivo". Repartía su tiempo entre las

actividades comerciales, las literarias y la vida social. A propósito de doña Vicenta, Luciano Rivera Garrido escribió que era dama de alcurnia, bellísima y de "rica y combativa energía" (1). Sobre la familia Silva escribió Nicolás Bayona Posada:

"Alma atormentada y extraña... Todo en esos momentos sonríe en torno de José Asunción Silva". "Y, sin embargo, en el interior de ese espíritu se desarrolla ya una lucha tormentosa". "José Asunción mismo, tal vez ha investigado la causa muchas veces. ¿Herencia?... Es posible... En la sociedad de entonces, pacata y gazmoña, su tío abuelo, don Antonio María, fue casi reputado como un demente peligroso. Tenía gustos contrarios a la época, se complacía con lo exótico, se envolvía con frecuencia en el silencio de una hacienda lejana para mejor oír la voz profunda de su propio yo... y más refinado y extraño fue su abuelo paterno, don José Asunción, enamorado ferviente de la Muerte, amigo como el que más de las mujeres bellas, buen músico, jugador en ocasiones, y quien, en una noche oscura de Hato Grande, había rendido la vida al puñal asesino de unos embozados, acaso enloquecidos por los celos..."

"Como las leyes de la herencia se cumplen fatalmente, don Ricardo fue un hijo total de su padre. Refinado hasta el extremo, tiene caprichos que desconciertan y aficiones que asustan; se embelesa con lo nuevo y extraño; recibe de continuo las últimas novedades bibliográficas; conoce a fondo numerosos sistemas filosóficos; es tan extravagante que tiene en la ciudad más austera y tradicional del Nuevo Mundo un almacén de artículos de lujo... La educación y el medio ambiente, con todo, han encerrado su espíritu en jaulas que no puede romper, y, como para comprobar aquello de que cada cual busca lo que le falta, él tan derrochador, tan idealista, tan meditativo, se ha unido en matrimonio con doña Vicenta Gómez, una dama de cepa antioqueña, práctica, económica, brava, un tanto dominante, buscadora de ese elemento que Papini llamó *estíercol de Satanás*, pero, que como ella lo piensa con gran seso, asegurará mejor el porvenir de la familia que todos los cuadros de costumbres de su marido y que todas las poesías de su hijo". (2).

Nicolás Bayona Posada fue persona honesta y muy bondadosa. Para escribir lo anterior debió contar con fuentes de información muy respetables. En realidad el episodio de "Hato Grande", que le costó la vida al abuelo del poeta, se debió a forajidos que pululaban en la época, y el robo fue el motivo más probable en concepto de José María Cordovez Moore. El manejo de su hijo por parte de doña Vicenta era el típico de las madres antioqueñas hasta no hace mucho tiempo. Centros del hogar y con numerosa descendencia se acostumbraron a tratar a ésta con dureza. A los hombres apenas les alcanzaba el tiempo para conseguir medios de vida, dada la pobreza de las tierras. Varios testimonios concuerdan con lo dicho por el conocido historiador de nuestra literatura.

De labios de un ilustre sobreviviente de esos tiempos, personalidad egregia por muchos aspectos, he conocido anécdotas que corroboran las palabras de Bayona Posada. Don Tomás Rueda Vargas, íntimo de los Silva, le refirió a mi ilustre amigo que, al día siguiente del suicidio del poeta, se presentó muy temprano a visitar a los

deudos en compañía de su madre. Tan temprano, que en ese momento le servían el desayuno a doña Vicenta, quien al verlos les espetó a quemarropa: "Vean ustedes en la situación en que nos ha dejado ese zoquete". El doctor Ricardo Hinestrosa Daza, le observaba al mismo personaje, que en el suicidio de Silva había tenido mucho que ver el tratamiento de que era objeto por parte de su madre. Serrano Camargo observa que aquella increpaba a su hijo por dedicarse a escribir en vez de ocuparse de los negocios de la familia. En los tiempos de la tragedia corrió la especie de que doña Vicenta trató de cobardar al muerto cuando sacaban el cadáver de la casa, lamentándose al tiempo por el abandono en que quedaba la familia.

En "De Sobremesa" Silva anotó varios de sus caracteres hereditarios, entremezclándolos respecto a cada rama, y agregando tendencias que no existieron hasta donde sabemos. "Por el lado de los Fernández vienen la frialdad pensativa, el hábito de orden, la visión de la vida como desde una altura inaccesible a las tempestades de las pasiones; por el de los Andrade, los deseos intensos, el amor por la acción, el violento vigor físico, la tendencia a dominar a los hombres, el sensualismo gozador. Hasta qué punto el recuerdo de mi padre, de su figura delicada, de su cuerpo endeble, de su recogimiento silencioso, de su pasión por las ciencias exactas aclara con extraña luz la apariencia de ciertos momentos de mi vida psíquica". "La abuelita, la pobre santa, muerta sin que yo le cerrara los ojos, aprendió de aquella familia de ascetas, el desprecio insexual por las debilidades de la carne". "¡Ah, sí, pero en los hoyuelos de las mejillas de mi madre reían freseras en flor, su leche tenía el sabor que tiene la de las campesinas vigorosas; el abuelo materno era un jayán potente y rudo que a los setenta años tenía dos queridas y descuajaba a bachazos los troncos de las selvas enmarañadas. Y allá en las llanuras de mi tierra cuentan todavía la tenebrosa leyenda de estupro, incendios y asesinatos de los cuatro Andrade, los salvajes compañeros de Páez en la campaña de los Llanos... con la locura en el alma, la sangre quemada por el alcohol y la blasfemia en la boca gruesa solicitadora de besos!..." (3).

Como antecedente importante de Silva, cabe observar que en Antioquia prevalece la enfermedad mental denominada hipomanía depresiva en las formas leves, y manía-melancolía cuando los síntomas se agravan. Tal prevalencia, como la de otras enfermedades, es argumento notable en favor de la tesis de una migración importante de judíos conversos durante la Conquista y la Colonia a esa región de Colombia. Dichas enfermedades, con factor hereditario reconocido, se dan con frecuencia entre los judíos. Recordamos que doña Vicenta tenía sangre de los Gómez, Restrepo e Isaza de la montaña, y que las informaciones de Bayona Posada sobre los Silva apuntan hacia la misma perturbación psiquiátrica. Don Ricardo era bastante hiperactivo, no medía sus horas de trabajo y había mucho de manía en el boato de que se rodeaba. Asimismo téngase presente que Guillermo Silva, primo hermano del poeta, hijo de su tío Antonio María, murió muy joven de un pistolazo con que se destruyó el cráneo en la "Hacienda de Hato Grande", y que otro primo, Enrique Villar, hizo otro tanto en México. (4). No sé si hubo más casos de parientes suicidas y que sólo a los mencionados se refiere Carlos Arturo Caparroz al tratar la cuestión. (5).

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Silva no tuvo infancia. De niño y de adolescente anduvo siempre severamente ajustado a un régimen disciplinario. ¿Qué tanto amor recibió de sus padres? Muy poco de su tiempo debió dedicarle don Ricardo, dadas sus ocupaciones comerciales y literarias y su afición por los saraos y otras reuniones de esa laya en las cuales lo acompañaba su esposa. De parte de doña Vicenta con lo dicho basta y sobra. La siguiente anécdota de Demetrio Paredes, un amigo íntimo de la familia, muestra a las claras como era el poeta de niño. Un día llegó de visita a la casa de los Silva y se topó de primero con el chicuelo con quien trabó el siguiente diálogo:

“Usted no parece un niño —le dijo—; usted se ha hecho un hombre antes de tiempo. Las cosas que usted hace no son propias de su edad. Suba usted a los tejados, trepe a los árboles, busque nidos de pájaros, tire piedras a las palomas, muévalas querellas a los perros y a los gatos. De esta manera será usted un niño. Lo que parece hoy es una persona grande”.

“La seriedad del niño tomó el consejo en toda la magnitud de su significado. Pocas horas después le halló su madre en la parte más alta de su casa, empeñado en alzar una piedra de 6 u 8 kilogramos, para descargarla sobre unos gorriones que triscaban inocentemente en el patio de la casa, connaturalizados con la inocuidad del menor de sus habitantes. ¡Era lo que sabía Silva de los juegos de la niñez!”. (6).

No se sabe con seguridad en qué colegio cursó Silva primeras letras, si en el de don Ricardo Carrasquilla o en una escuela mixta. Existe plena seguridad sobre su ingreso posterior al plantel que regentaba don Luis María Cuervo en calidad de semi-interno. Estuvo también en el Liceo de la Infancia, dirigido por el presbítero Tomás Escobar, donde permaneció poco tiempo. La estampa del poeta, su manera distinguida de vestir y conducirse, su inteligencia y consagración al estudio le atrajeron la animadversión de los condiscípulos, que solían apodarlo el “niño bonito”. Piénsese en la envidia que nos caracteriza a los colombianos y comprenderemos como debió sufrir el genial Silva la cizaña de compañeros y conocidos durante la infancia y la adolescencia. En el curso de esta última se le apodaba “José Presunción” y “el casto José”. De su aprovechamiento como estudiante nos informan la hermosa letra y la buena redacción de sus primeras composiciones.

A los diez y seis años aproximadamente dejó los estudios y se dedicó a ayudar a su padre en el almacén de éste, donde solían reunirse “los más distinguidos intelectuales de la ciudad para intercambiar información literaria”. “Pero, en cuanto se cerraba el almacén, ibase derecho a la casa para entregarse de lleno a sus lecturas favoritas”. El doctor Serrano Camargo elogia el comportamiento de Silva con todos aquellos que lo trataban por su sencillez y afabilidad. Al parecer tampoco recibió en esta época el indispensable amor que requería de los

suyos. Las reprimendas de doña Vicenta lo habían vuelto muy tímido, aunque aparentaba lo contrario.

Y vino el viaje a París. Al fin su tío abuelo Antonio María se acordó de su gente, y lo invitó a pasar una temporada en la capital de Francia. Silva contaba dieciocho años y estuvo en Europa un año largo. Además de Francia conoció a Suiza y visitó a Londres. ¿Peculiaridad más importante de su estadía en el Viejo Mundo? La voracidad para empaparse en la ciencia, la filosofía y la literatura de la época. Quizá por lo mismo se le despertó una cierta petulancia, según cuenta su amigo y contemporáneo Juan Evangelista Manrique, quien estudiaba medicina en la “Ciudad Luz”. El doctor Manrique destaca el atiborramiento intelectual en que se debatía su compañero. ¿Autores predilectos? Baudelaire, Verlaine, Renán, Maupassant, Barrés, Taine, Bourget, Spencer, Ribot, Wundt, Janet, Schopenhauer, Nietzsche. Silva cobró afición particular por la psicología buscando de seguro desentrañar el misterio de su alma atormentada.

“Me encontré con Silva en París allá por los años de 1883 ó 1884... Fue entonces cuando tuve ocasión de hacer más íntimas mis relaciones con José Asunción y comprender toda la incoherente revolución que había en su portentoso cerebro”. “Silva, hasta entonces encantador y ameno en su charla, tornóse extraño y casi fastidioso”. “Una tarde me pareció mi amigo dominado por no sé qué de intransigente y de dogmático, que hacía contraste con la habitual ductilidad de su carácter. Entusiasmado por los descubrimientos de Ramón y Cajal sobre la estructura del sistema nervioso, parecía como fascinado por el maremagnum de teorías materialistas, tendientes a hacer del hombre un ente únicamente destinado a recibir impresiones que la neurona educada debía transformar en actos o sensaciones voluptuosas”. “El hombre, según la teoría que se esforzaba Silva en esbozar, quedaba reducido a un piano que no puede dar más notas que las que le hizo el fabricante y que, cuando más alcanzaría a darles más o menos fuerza, según el arte de que dispusiera el ejecutante”.

“Me le manifesté irónico y escéptico al apreciar las paradojas de Schopenhauer, a quien Silva llamaba “Maestro... y como corolarlo obligado de mi idealismo, me descubrió como un alma completamente mística...”. “¿De dónde has sacado, me dijo al fin, todas esas cosas? ¿Cuándo Beclard, Sappey, Magendie o Claudio Bernard, que son los autores que veo sobre tu mesa, han dicho nada que se parezca a ese revoltillo que tienes en la cabeza?”. “No, mi amigo, le repliqué, nada de eso puede estar en mis libros porque los autores, especialmente los didácticos, casi siempre redactan sus libros con la preocupación de servir determinados sistemas o determinada teoría...”. “Desde aquella noche Silva me prometió luchar por atenuar todas sus intransigencias, que él consideraba atávicas, y así debió ser, porque poco tiempo después no hablaba sino de los clásicos antiguos y modernos...”. (7).

PRIMERAS DEPRESIONES

Silva sufrió en París una de sus primeras crisis depresivas, de las que al parecer nunca habló a sus parientes próximos y amigos. El historiador Aníbal Noguera ha publicado en repetidas ocasiones fórmulas médicas que le fueron recetadas al poeta, con las cuales Noguera se topó en una libreta en la cual aquel apuntaba cuestiones de su vida diaria. Tales fórmulas, algunas en francés, firmadas por el doctor Legendre, son las siguientes:

1. Arseniato de estriquina, 1 miligramo; Extracto de belladona, 1 centigramo; Valerianato de Munia, 5 centigramos; Valerianato de zinc, 10 centigramos; Extracto de genciana, 10 centigramos. Hágase una pildora 3 ó 4 por día, tres veces.
2. Mixtura excitante. Agua destilada de Melisa, 200 gramos; Tintura de coca, 30 gramos; Citrato de cafeína, 0.50 centigramos. 4 cucharadas por día.
3. A.P.H.D. Fósforo, 10 centigramos; Extracto de nuez vómica, 1 gramo. Hágase pildoras, 1 antes de cada comida.
4. A.P.H.D. Acido hipofosfórico, 30 gramos; Sulfato de estriquina, 5 centigramos. Diez gotas 3 veces al día antes de las comidas, en una cucharada de café o de extracto fluido de coca.

Según Noguera todos los remedios recetados tenían por objeto combatir una posible impotencia sexual en Silva. La cocaína para tales casos era indicación popular, pero no de la terapéutica científica. Esta la recomendaba para los estados depresivos. La segunda fórmula corrobora lo anterior. Estriquina, genciana y valeriana se empleaban para las depresiones, igual que la belladona por sus cualidades sedantes. Al fósforo se le concedían propiedades afrodisíacas al tiempo que antidepresivas. Los remedios exclusivamente afrodisíacos eran la tintura de cantáridas y la yohimbina. Es muy probable que el médico comprendiera que la deficiencia sexual dependía, como es usual, de la entonces llamada neurastenia y quiso aprovechar la doble indicación del fósforo. La Melisa es la misma citronela y las letras A.P.H.D. son indicativas de la voz francesa "aphrodisiaque". (8).

Los estados depresivos suelen también manifestarse por trastornos digestivos. Ello nos explica la fórmula del doctor Juan Evangelista Manrique, hallada por Germán Arciniegas y publicada en "Intimidaciones". La receta respectiva, fechada el 11 de mayo de 1896, es como sigue:

1. Tintura de ipeca, 8 gramos; Tintura de belladona, 8 gramos; Tintura de genciana, 8 gramos. Cloroformo puro, XI gotas. Mézclese y fíltrese. R. "Las Gotas". Media hora después del almuerzo y la comida tomará diez gotas en un pocillo de agua caliente.
2. Salol, 15 gramos; poivo de belladona, 0.30 centigramos. Mézclese y hágase 30 obleas. Al levantarse y al acostarse tomará una oblea.

3. Puede alimentarse con sopas espesas, de consistencia de mazamorra, huevos tibios y carnes blancas frescas y leche. (9).

A pequeñas dosis la ipeca se usaba para activar la digestión y el salol para moderarla en los dispépticos. La belladona y el cloroformo se recetaban como sedantes para las gastralgias. Pueden consultarse los tratados terapéuticos de A. Manquat, O. Martin y Y. Herzen.

Silva regresó a Bogotá muy cambiado, convertido en todo un petimetre o, mejor, un "dandy" en la manera de vestir y comportarse. Respiraba vanidad hasta por los poros. "Especialísima fruición sentía, afirma don Alvaro Holguín y Caro, cuando sacaba su lujosa petaca de plata martillada, repleta de los cigarrillos turcos más exóticos y caros, delante de algunos señores muy respetables, muy ricos y muy prudentes que modestamente fumaban cigarrillos habaneros. Un gesto de esta clase era para Silva el placer de los dioses...". "Gustaba mostrar su menosprecio por la gente, como en el caso de Ricardo Acevedo Bernal, según refería Ricardo Hinstrosa Daza. Al preguntarle el pintor por qué no iba a ver cierto cuadro expuesto en una iglesia, que había gustado al público, el poeta le respondió: "Pero si, precisamente por eso no voy a verlo, Ricardo, temo que como a todo el mundo le ha gustado, a mí no me llegue a agradar...". (10). Se complacía en remedar a personas conocidas para ponerlas en ridículo. Por todo ello, nuestro ilustre compatriota se atrajo la animadversión de la clase social en que solía moverse. Otro muy distinto era su carácter cuando intercambiaba ideas con individuos como Baldomero Sanín Cano, que tanto influyó en su formación. Entonces era el intelectual comprensivo, modesto, aplomado, que dejaba a un lado la sabiduría pretenciosa.

La sexualidad de Silva estuvo muy controvertida. Según don Tomás Rueda Vargas, algunas damas de su tiempo lo consideraban "afectado y afeminado", de donde el sobrenombre de "Casto José", que el mismo Silva menciona en "De Sobremesa". Por el contrario, Sanín Cano, Ricardo Hinstrosa Daza y Daniel Arias Argaez afirman que el poeta fue muy dado a los galanteos. El último de los nombrados cuenta que con motivo de un incendio en la calle 19 cerca a la carrera 7a. los vecinos tumbaron la puerta de un apartamento lujosamente decorado y amoblado, que era la "garconniere" de Silva, donde encontraron recuerdos con los nombres de sus amantes de ocasión. (11). ¿Por qué testimonios tan contradictorios? Silva era muy discreto sobre su vida íntima. Además su sexualidad pasaba por periodos de exaltación y de descenso según las variaciones de su temperamento. ¿Un asexuado? No, como lo muestran las fórmulas afrodisíacas a que antes me he referido. ¿Tuvo Silva algún amor en particular? Don Tomás habla de una dama inteligente, muy cultivada, de belleza tranquila y de carácter firme, que apreció al genio en su justo valor pero prefirió casarse con otro.

LA ADULTEZ

A Silva le llegó la adultez antes de tiempo. En efecto el 10. de junio de 1887 murió su padre, y le correspondió hacer sus veces. En carta a don Manuel Uribe Angel escribe:

“Usted comprende que, después del abatimiento de los primeros días, yo he tenido una reacción, toda actividad. Me quedan deberes graves que llenar y me he puesto a la obra con todas mis fuerzas. Si es amargo perder a un padre y a un padre como él, qué puedo hacer mejor que la idea de asumir su modo de ser, sus aspiraciones; que la idea de seguir su camino y de llenar su vacío en la familia, por lo menos hasta donde sea posible”. (12).

Silva trató de buscar consuelo en la religión a cuyas prácticas volvió por algún tiempo. Se le veía en la misa mayor de la Basílica todos los domingos, recibiendo la comunión ante el asombro de quienes conocían las ideas materialistas con que había regresado de Europa.

Nuestro genio capeó la depresión del duelo adoptando un comportamiento agitado. Miramón anota: “Renueva las letras vencidas, pide plazos a los acreedores, consigue descuentos en el monto de las deudas de su padre, en fin va y viene, moviéndose con celeridad asombrosa, con ese primer ardor, impulso enfermizo si se quiere, con que en vida acometió todo, arte, política, idioma, filosofía”. “Surtió el establecimiento de objetos bellísimos, mas sin demanda en el mercado santafereño”. “Trajo tapices finísimos para una ciudad que alfombraba las casas con esterillas; pianos de cola cuyo transporte desde la Costa hasta la altiplanicie era más costoso que el precio de la mercancía en Europa y cuya venta, sumados los gastos al renglón de ganancias, se hacía imposible”. En diálogo con Sanín Cano, Silva le anotaba, refiriéndose a alguien que comerciaba baratijas: “Yo a lo sumo vendo uno de mis artículos, muy caros, ciertamente, pero esa ganancia me da unos días de holgura”. (13).

Con motivo del duelo, la familia Silva, según era costumbre, se retiró a vivir a una hacienda cercana. Fue la época en que Silva estrechó lazos afectuosos con los suyos, particularmente con su hermana Elvira, entonces de dieciocho años, que lo comprendía, con quien dialogaba y a quien el poeta admiraba por su belleza esplendorosa. Era tanta la admiración que cuando iban al teatro, mientras la familia ocupaba un palco, Silva se situaba en la platea para poder contemplar a su hermana desde cierta distancia. A Elvira debieron unirle también ideas políticas y sociales compartidas. Ella apoyaba las famosas “Sociedades democráticas”, asociaciones de artesanos que influyeron en no pocos acontecimientos de nuestra historia del siglo XIX.

Un nuevo duelo se abate sobre Silva. El 6 de enero de 1891 fallece Elvira a consecuencia de una neumonía o de una bronconeumonía. Vale la pena referir la siguiente anécdota que pone fin a la leyenda de posibles relaciones edípicas entre los hermanos. La madre pregunta a la mnrribunda si desea ver a su primo Julio y ésta responde por la afirmativa. Se trataba de su pariente y novio Julio Villar Gómez, última visión consoladora para quien a los pocos instantes expiró. El mismo Julio acompañó a Silva en la cámara mortuoria a ungir el cadáver con perfumes delicados y a cubrirle de flores sienes y manos. La muer-

te de Elvira hunde a Silva en otra de sus profundas depresiones. Alcides Arguedas anota que se tornó huraño e insociable. La familia se retiró de nuevo al campo. Silva volvió a los sitios recorridos con Elvira y nació el “Nocturno” que lo inmortalizó. Sobre su duelo escribió el poeta a Jorge Isaac:

“Si el descanso viene, bien merecido será después de tan penosa y larga lucha, y mi vida se prolonga así unos años, recompensa única que mi familia ambiciona, ya verá cuanto haremos y Elvira vivirá mientras se oiga de nuestras estrofas el eco”. “Ella anhelaba mi reposo y alivio, la prosperidad de mis trabajos —que todavía no sabe apreciar este país— y a ella, a su poder de ángel bendito y protector, tengo encomendado el éxito final de mis esfuerzos. Y somos los incrédulos y los ateos... Yo le pagaré, regocijándola, en amor y beneficios a los pobres y desamparados”. (14).

Siguieron años duros. El negocio se vino cuesta abajo y surgió de nuevo el Silva hiperactivo. Acosado por los acreedores, el poeta se defendió incansable. Embargos, ejecuciones fiscales, cobros en todas las formas solicitaban su atención. A todo ello respondía a su debido tiempo. Además estaba rodeado de un ambiente venenoso, venganza en buena parte del menosprecio con que siempre trató a sus iguales. Basta leer la correspondencia comercial del poeta para darse cuenta de la manera diligente con que enfrentó la pérdida de todos los bienes de la familia. Doña Vicenta tuvo una buena idea para librario de semejante embrollo. Intrigó con don Miguel Antonio Caro, encargado de la Presidencia de la República, para que lo nombrara en un cargo diplomático y fue así como se le designó secretario de la Legación de Colombia en Venezuela en 1894.

La estada en Caracas es una de las etapas más felices en la vida de Silva, a pesar de su poco entendimiento con el general Rafael Villa, quien era el Ministro Plenipotenciario. Incansable, atendía los deberes del cargo y multiplicaba sus ocupaciones literarias, metido de lleno en la vida social caraqueña, yendo al teatro, a encuentros con amigos intelectuales y pasando horas y horas en la biblioteca de un doctor Revengo, donde descubrió sus autores franceses preferidos. En pocas palabras, un Silva muy distinto al que partió de Bogotá, sin perder en el fondo cierta tendencia a la amargura. Pedro Emilio Coll escribió:

“Y hablaba, hablaba, con su voz armoniosa, contrayendo los párpados, entreabriéndose la abundante barba castaña; hablaba febrilmente a ratos, a ratos con desdén; y su inteligencia, asiéndose a la escala metafísica, subía a las altas cumbres del pensamiento, agitándose como un ave trágica en las fronteras del misterio, para caer luego con las alas rotas en una dolorosa ironía”. (15).

Por desavenencias con el general Villa y demoras en el pago de sus honorarios, Silva regresó a Colombia y vive el desastre de *L'Amérique*. Leamos como Aurelio de Castro (Tableau), quien lo recibió en la playa de Puerto Colombia, se refiere al estado del poeta:

“Le recibí en la calcinada playa batida por vendaval huracanado y por el furioso oleaje de la mar colérica. Estaba demacrado, casi moribundo. El terror, el ham-

bre, la sed, y sobre todo, el dolor que le causaba la pérdida de un baúl que contenía "lo mejor de mi obra", como él decía, le había quebrantado de modo cruel".

"Vestía camisa de seda crema sin botones y pantalón de franela blanca a rayas carmelitas. En los pies, desprovistos de calcetines, llevaba pantuflas de tafilete. Tenía el cabello en desorden y la barba galilaica como endurecida por el aire salino que le azotó durante más de sesenta horas de mortales angustias. Traje a los naufragos en tren expreso a Barranquilla".

"Quiero dormir, decía Silva, para olvidar la espantosa pesadilla que me ha atormentado durante tantas horas insomnes".

"Durmió, dos noches y un día, sin más interrupciones que las momentáneas en que sus huéspedes le obligaban a tomar algunas tazas de caído". (16).

¿Cuál fue la obra perdida en el naufragio? En carta fechada en Caracas y dirigida a Emilio Cuervo Márquez, Silva anota que ha estado trabajando febrilmente en *Cuentos Negros* y *El libro de versos*. La gran mayoría de los originales del último había quedado en Bogotá, así que se perdieron muy pocos poemas y las novelas cortas. Emilio Cuervo Márquez, recuerda los títulos de algunas de ellas: *Del agua mansa* y *Un ensayo de perfumería*. Unas cuantas fueron total o parcialmente incorporadas a *De Sobremesa*. (17).

De la depresión profunda que le produjo el naufragio, especialmente por la pérdida de sus escritos, salió Silva con una crisis de hiperactividad como nunca antes había

sufrido. Se le dio por fundar una gran empresa con la que había soñado en Caracas. Se trataba de producir baldosines en Bogotá, cuando en toda Colombia se desconocía el producto. Abrió elegantes oficinas con sucursales, representantes y agentes en medio país. Buscó accionistas y con el dinero de éstos pidió la maquinaria al exterior, importó productos químicos y compró el terreno necesario en las afueras de la ciudad. Hasta allí iba a caballo. Eso sí, muy bien puesto con zamarras en cuero de león. Al tiempo retornó a una vida social muy activa. Su casa tuvo nuevamente el brillo y la nombradía de los tiempos de su padre. Como era lógico esperar, hubo acoso por parte de los acreedores. Los socios pusieron a marchar la fábrica después de la muerte del poeta.

En su propio hogar "comenzaron las advertencias maternales, los reparos y las recriminaciones". Como tentativa para salir del paso, Silva buscó de nuevo un cargo diplomático y don Miguel Antonio Caro apenas le ofreció uno de segunda categoría y pésimamente remunerado, que aquel rechazó.

Cuenta Miramón que un amigo que comprendía el estado de postración del poeta, lo instó para que reconstruyera las novelas perdidas en el naufragio, a lo que debemos "De Sobremesa". Al preguntarle Silva por qué tanto empeño, Hernando Villa le respondió: "Tengo miedo de que el día menos pensado te des un balazo y nos dejes sin nada en prosa tuya, y tu prosa es mejor que tus versos". (18).

Y así llegó el 23 de mayo de 1896, fecha fatal del suicidio.

SILVA A TRAVÉS DE SU POESÍA

Silva fue un tributario del romanticismo, igual que Gustavo Adolfo Bécquer con quien comparte muchas afinidades. Fácilmente olvidamos que el romanticismo fue tardío en España e Hispanoamérica. Para Rafael Maya Silva "siendo el último romántico es el primer poeta modernista" en nuestra lengua. (19). Javier Arango Ferrer lo matricula de lleno en el romanticismo. (20). Quizá sea mejor definirlo como romántico en la esencia y modernista en la forma. La ruptura del romanticismo con el clasicismo se debió al abandono de la realidad sensible para quedarse en lo puramente emocional, con o sin punto de apoyo en aquella. Una de sus causas estuvo en la crisis que se le planteó a la cultura occidental cuando la ciencia moderna empezó a golpear las creencias religiosas que le daban al hombre una concepción del mundo, de sí mismo, de su destino. El pesimismo cristiano que nos enseña que vivimos en un valle de lágrimas, nos propone como consuelo la creencia en una vida mejor. Los románticos se quedaron con el primero pero dejaron de confiar en la segunda. Eso explica el escepticismo en que cayeron todos, el nihilismo de Nietzsche, el pesimismo de Schopenhauer, el subjetivismo de Fichte. No olvidar que el romanticismo nació en el convulsionado final del siglo XVIII y tomó cuerpo en el inestable XIX. H.G. Schenk ha escrito un excelente ensayo sobre "la enfermedad romántica del alma". El autor hace hincapié en el autoanálisis atormentado, el malestar incesante, el infortunio que caracterizó a tan

importante generación. Los modernistas dejaron de lado el retoricismo de los románticos y expresaron los mismos sentimientos sugiriéndolos con palabras e imágenes sobresalientes por su sencillez y simplicidad.

Silva definió muy bien la situación crítica, creadora del romanticismo en el "Mal del Siglo":

*Doctor, un desaliento de la vida
Que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
El mal del siglo... el mismo mal de Werther
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.*

*"Un cansancio de todo, un absoluto
Desaprecio por lo humano... un incesante
Renegar de lo vil de la existencia
Digno de mi maestro Schopenhauer;
Un malestar profundo que se aumenta
Con todas las torturas del análisis..."*

Rafael Maya escribió con toda razón que la poesía silvana está hecha de muerte y pasado, temas propios del romanticismo. Es frecuente que los románticos llevaran sus personajes al suicidio, como ocurre con Ruy Gómez en el "Hernani" de Hugo, el Werther de Goethe, el Manfredo de Byron, el Rafael de Lamartine, el Rolla de Musset. Son célebres las crisis depresivas de Leopardi y Bécquer. Algunos de los autores cayeron en el suicidio, verbigracia, Mariano José de Larra, Gerardo de Nerval y, entre nosotros, Silva y Candelario Obeso. No es de

extrañar que en la poesía romántica no brille el sol, sino en los momentos crepusculares y, una que otra vez, cuando aparece en el horizonte. Esa poesía se ilumina apenas con los rayos de la luna y las estrellas. La mayor parte del tiempo todo se pasa en ella al amparo de la oscuridad. Con frecuencia asoma la desnuda calavera, cuando no permanece discretamente oculta en los sepulcros. La tristeza se da a manos llenas por el peso de la vida y las flores siempre están marchitas. Ocasionalmente la desesperanza suele expresarse en ironía agresiva contra los seres y las cosas. La melancolía, los sollozos y las lágrimas son de regla, cuando no el tedio, la ansiedad, los desengaños, la desventura, los suspiros. Don Miguel de Unamuno definió la poesía de Silva como sigue:

“Lo primero, ¿qué dice Silva? Silva no puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta. Y ¿qué canta? He aquí una pregunta a la que no es fácil contestar desde luego. Silva canta como un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte a la hora en que se acuesta el sol”.

“Y puros, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos” (21).

Repasé cuidadosamente *Intimidades*, los primeros poemas de Silva, rastreando los temas anteriormente mencionados. Son cincuenta y cuatro poesías originales y seis traducciones. De las primeras sólo ocho escapan a la maldición pesimista, no obstante el tono de algunas de ellas, a saber: “Adriana”, “La primera comunión”, “Fragmento de una carta”, “Infancia”, “Los demasiados felices”, “Alas”, “Notas perdidas”, VIII y XI. De las traducciones únicamente dos respiran paz, “Huyamos de Solaña” de Victor Hugo y “La estrofa” de G.A. Bécquer.

Igual escrutinio hice con “El Libro de Versos” en el cual figuran cincuenta y nueve poemas, descontados seis publicados en “Intimidades”. Pues bien, cuarenta y dos corresponden a la temática propia del romanticismo, incluidas las versiones de “Las voces silenciosas” de Lord Tennyson y “Realidad” de Hugo.

Las excepciones son “Crepúsculo”, “Obra humana”, “Ars”, “Mariposa”, “...?” (“Estrella que entra los sombríos...”), “Serenata”, “Taller moderno”, “Paisaje tropical”, “Madrugal”, “Futura”, “Egalité”, “A Diego Fallón”, “Sus dos mesas”, “Nocturno” (“Oh! dulce niña pálida, que como un montón de oro...”), “Poesía viva”, “A un pesimista”, “...?” (“Por qué de los cálidos besos...”), “A ti” (“Tú no lo sabes, más yo he soñado”), el otro “A ti” principio:

*De luto está vestida,
sembrada está de abrojos
la senda de mi vida,
sin luz y sin placer.*

Es de observar que en la poesía de Silva no aparece la madre sino la abuela y con mayúscula, y que el niño sólo recuerda los cuentos infantiles. Nada sabe ni del amor ni de las caricias maternas.

Veamos algunos ejemplos tomados de “El Libro de Versos”. En “Al oído del lector” nos encontramos con que la dicha se traduce en tristeza:

*Pasión hubiera sido
En verdad; estas páginas
En otro tiempo más feliz escritas
No tuvieran estrofas sino lágrimas.*

Cuando hay dicha las ideas dolorosas vienen a perturbarla, tal como ocurre en “Los Maderos de San Juan”:

*Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
Con movimientos rítmicos se balancea el niño
Y ambos conmovidos y trémulos están,
La Abuela se sonríe con maternal cariño
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
Los días ignorados del nieto guardarán.*

Nada tan característico del Silva predispuesto a la melancolía, como “Al pie de la estatua”, el poema en que canta a Bolívar. El poeta se advierte a sí mismo que no cante al Libertador victorioso contra España en cien combates, ni siquiera al joven cuando juró hacerlo en el Aventura, ni al guerrero afortunado en medio del fragor de las batallas, ni al gozador incansable de la “opulenta Lima”.

*No, no lo cantes en las horas buenas
En que, unido a los vítores triunfales,
Vibró en su oído el son de las cadenas,
Que rompió, de los tiempos coloniales:
Cántalo en las derrotas,
En la escena de grave desaliento
En que sus huestes considera rotas
Por las hispanas filas...*

*Y la tristeza exalta
De tenebrosa noche de septiembre,
Cuyos negros recuerdos nos oprimen...*

Muy pocos poemas pueden compararse a “Día de difuntos” en los sentimientos desolados que inspira. El tema, el paisaje, el doblar de las campanas, la adolorida intimidad familiar, la insistencia en la muerte, las referencias al suicidio, todo es de una “letal melancolía” pocas veces mejor lograda.

*La luz vaga... opaco el día
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un oscuro velo opaco de letal melancolía,
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
Y al oír en las alturas
Melancólicas y oscuras
Los acentos dejativos
Y tristísimos e inciertos
Con que suenan las campanas
Las campanas plañideras que les hablan a los vivos
De los muertos.*

En “Don Juan de Covadonga” el personaje ha ensayado todos los placeres de la carne, para librarse de su “tenaz melancolía”, sin lograrlo. Busca entonces el refugio de un convento, donde es prior un hermano suyo, a quien le sugiere que él desearía imitarlo,

*¿Orando tú?... le dijo
Don Juan, con voz monótona y cansada,
Lejos de todo, en la quietud suprema
De la vida del claustro... cuando fijo,
Temblando, una mirada
En el abismo actual de mi miseria,
Sueño también en el retiro...*

El prior lo interrumpe y le cuenta:

*Oye Juan, mira, hermano... Aquí en la triste
Vida conventual, todo reviste
Un aspecto satánico, mis horas
Tienen angustias indecibles, mira,
Un enjambre de formas tentadoras,
Entre mi celda, por la noche, gira
Y huye... De la oración con los empeños
Lo disipo por fin... Anso el oro...
Y yo llegué al convento... ¡Pobre loco!
Triste y arrepentido,
Soñando en fin en descansar un poco,
Y en ansiedades místicas perdido...
Pero dime, ¿A qué vienes...? "Yo por verte,
dijo don Juan, por verte, a toda prisa,
Y por darte noticia de la muerte
De don Sancho de Téllez, tú, mi santo
Por su eterno descanso dí una misa!*

En "Gotas Amargas" Silva adopta la ironía y hasta el sarcasmo contra el estado de tristeza en que parece zozobrar. Ejemplo, "Avant-Propos", en el cual hay una cierta alusión a las fórmulas médicas a que me referí atrás, verbigracia, las gotas amargas que se prescribían a los dispépticos, compuestas con ipeca y genciana:

*Pobre estómago literaria
que lo trivial fatiga y cansa,
no sigas leyendo poemas
llenos de lágrimas.*

*Deja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semi-románticas.*

*Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensaya una dosis de estas
gotas amargas.*

En "Filosofías" el poeta habla de sus propias experiencias para distraer la angustia y curarse del "mal del siglo", y cita a algunos de sus autores preferidos.

*Compara religiones y sistemas
de la Biblia a Stuart Mill,
desde los escolásticos problemas
hasta lo más sutil.*

*De Spencer y de Wundt, y consagrado
a sondear ese abismo
lograrás este hermoso resultado:
no creer ni en ti mismo.*

*Deja el estudio y los placeres; deja
la estéril lucha vana
y, como Cakia-Muni lo aconseja
húndete en el Nirvana.*

Son contados los poemas en que Silva deja asomar su sexualidad marcada por altibajos. Ejemplo:

"...?"

*¿Por qué de los cálidos besos,
de las dulces idolatradas
en noches jamás olvidadas
nos matan los locos excesos?*

*De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra;
dejadla gozar de la vida
antes de caer, corrompida,
en las negruras de la tierra".*

En "¡Oh dulce niña pálida!" el poeta es tan expresivo como el José Fernández de "De Sobremesa":

*Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras en sueños a aquel con quien tú sueñas
tras las horas de baile rópidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca,
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñarás de placer en sus brazos,
por aquel de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te resistirías?...*

"DE SOBREMESA"

"De Sobremesa" es la historia de un enfermo mental manifiesto. No de otra manera puede considerarse a José Fernández, héroe de la novela. El relato se inicia en Bogotá en un ambiente rococó, recargado de jarrones de cristal de Murano, porcelanas decoradas "cubiertos que parecen joyas", "vieja vajilla de plata marcada con las armas de los Fernández Sotomayor". En semejante morada se comían manjares delicados y abundaban el "rubio jerez añejo", los burdeos, los borgoñas, los cigarrillos egipcios y los cigarros puros, importados de La Habana. Allí se reúnen con Fernández cuatro amigos, entre ellos un médico. ¿Cuáles son las cuestiones sobresalientes del diálogo? Los elogios que el último prodiga a Fernández por el exceso de vigor físico. Otro de los contertulios agrega que también las aventuras amorosas que todos le envidiaban.

El médico le reprocha que no haya vuelto a escribir poesía y que esté dedicado a una hiperactividad disper-

sa. "Dime —le reprocha—, ¿piensas pasar tu vida entera como has pasado los últimos meses, disipando tus fuerzas en diez direcciones opuestas...?". "¿Tú sí crees de buena fe que aunque vivas cien años alcanzarás a satisfacer los millones de curiosidades que levantas dentro de ti a cada instante...?". Fernández rechaza que le llamen poeta y anota: "pensé escribir un poema que tal vez habría sido superior a los otros... no volveré a escribir un verso... Uno de los presentes le interrumpió para observarle: "... en tí el crítico mata el poeta...". Fernández respondió sobre la causa de que no escriba, "tú sabes muy bien cuál es: es que como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae y me fascina todo, irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la vida, la misma vida material, las mismas sensaciones que por una exigencia de mis sentidos necesito de día en día más intensas y más delicadas..." (22).

Alguno de los amigos le comenta: "Si tú supieras que he pasado hoy un mal día pensando en ti, con la idea fija de que estabas enfermo... Pero estás bien, ¿verdad?". Fernández le responde: "Nunca estoy bien en los últimos días del año...; nunca estoy bien en los últimos días de diciembre". Todos insisten en que Fernández les lea una de sus novelas, otro le cuenta al médico: "... No saben tus colegas qué es lo que tengo". Y dirigiéndose a Fernández, "... dime, ¿tampoco pudieron hacer diagnóstico de una enfermedad que sufriste en París, de una enfermedad nerviosa...? Dime, tú la describiste en tu diario, si nos leyeras esta noche..." (23).

La novela, si así puede llamarse, se desarrolla en Europa y comienza en París con un panegírico de María Bashkirtseff y un panfleto contra Max Nordau, un húngaro que escribió en alemán, por haberse ocupado de los problemas psiquiátricos de varios genios, en particular de María, en su obra "Degeneración". Escribe Nordau a propósito de la rusa genial, refiriéndose a un escrito de Mauricio Barrés, "y más tarde canonizó a María Bashkirtseff, una degenerada joven muerta de tisis, atacada de locura moral, de un principio de delirio de grandeza y persecución, así como de exaltación erótica mórbida bajo la advocación de *Nuestra Señora de los Sueños*. El elogio de Fernández a la mujer famosa, fallecida a los veinticuatro años, tiene todas las características de una identificación imaginaria con su vida y obra. Para el caso tomo del "Diario" de María la siguiente cita, que parece escrita por el propio Fernández:

"Me parece que nadie adora todo como yo; lo adoro todo: las artes, la música, los libros, la sociedad, los vestidos, el lujo, el ruido, el silencio, la tristeza, la melancolía, la risa, el amor, el frío, el calor, todas las estaciones, todos los estados atmosféricos; las sabanas heladas de Rusia y los montes de los alrededores de Nápoles; la nieve en invierno, las lluvias de otoño, la alegría y las locuras de la primavera, los tranquilos días de verano y sus noches consteladas, todo eso lo admiro y adoro. Todo toma a mis ojos interesantes y sublimes aspectos, querría verlo, tenerlo, abrazarlo, besarlo todo, y confundida con todo, morir, no importa cuándo, dentro de dos o dentro de treinta años, morir en un éxtasis para sentir el último misterio, el fin de todo o ese principio de una vida nueva. ¡Para ser feliz necesito TODO, el resto no me basta!..." (24).

Sigue una primera tentativa de asesinato por parte del personaje de la novela, quien conoce en la Ópera a una proxeneta de origen humilde, María Legendre, quien había cambiado su nombre por el de Lelia Orloff. La muchacha llevaba una vida lujosa, entrenada por un duque ruso con quien había conocido media Europa. "Esa delicada criatura —relata Fernández— ataviada e idealizada por productores y artistas fue el idolo de estos últimos seis meses". "¡Oh las caricias lentas, sabias e insinuantes de aquellas manos delgadas y nerviosas; la lascivia de aquellos labios que modulaban los besos como una cantatriz de genio modula las notas de una frase musical! ¡Oh el refinamiento de sensualidad, la furia de goce!" (25).

Lelia tenía una amiga, Angela de Roberto, y a Fernández le entró la sospecha de que mantenían relaciones lesbianas. Una tarde fue a visitarla. "Me abrió la camarera —escribe— y al verme hizo una mueca extraña, de burla, de alegría, de miedo, un gesto extravagante que me lo sugirió todo. Al hacer saltar la puerta de la alcoba

que se deshizo al primer empujón brutal, y cedió rompiéndose, un doble grito de terror me sonó en los oídos y antes de que ninguna de las dos pudiera desenlazarse, había alzado con un impulso de loco duplicado por la ira, el grupo infame, lo había tirado al suelo, sobre la piel de oso negro que está al pie del lecho, y lo golpeaba furiosamente con todas mis fuerzas... con las manos violentas, con los tacones de las botas, como quien aplasta una culebra. No sé cómo saqué de la vaina de cuero un puñalito damasquinado y cincelado como una joya que llevo siempre conmigo y lo enterré dos veces en la carne blanda; sentí la mano empapada en sangre tibia..." (26).

Huída de París a Basilea, todo lleno de remordimientos y con el nombre cambiado. "¡Del estado en que estoy a la locura —escribe— no hay más que un paso!". La calma llega con un telegrama en que un amigo le anuncia que puede regresar, pues la presunta víctima está bien y la policía ignora lo acontecido. Otro suceso nefasto. Fernández recibe una carta en que le anuncian que el 2 de junio había muerto la abuela, quien antes de morir tuvo un delirio extraño en el cual pedía a Dios que lo salvara del crimen, "de la locura que lo arrastra", del infierno. Pero una mezcla de presión y arrepentimiento lo empuja a Whye, un retiro solitario en los Alpes suizos. Se trata de la casa rústica de unos campesinos, en donde el contacto con semejante naturaleza tan esplendorosa, lo saca de la melancolía y surgen los sueños de grandeza. Piensa establecerse en New York y hacer viajes periódicos a Panamá para negociar en perlas, acumular más dinero y regresar a Colombia para dedicarse a la política y hacerse dictador. "¡Oh! qué delicia la de escribir —exclama— después de instalar un gobierno de fuerza...". Y el sueño se alarga ocupando varias páginas. "—Yo estaba loco cuando escribí esto, no Sáenz, observó Fernández, interrumpiendo la lectura y dirigiéndose al médico..." (27).

"Borracho de ideas y cansado de pensar salí de mi escondite...". Esto escribe nuestro hombre en Interlaken, a donde se ha trasladado y donde comete otra tentativa de homicidio durante una escena sexual sadomasoquista. Allí se encuentra con Nini Rousset, "por quien habría dado un mes de vida antes de tropezar con la Orloff". Pero, con quien antipatiza por ser la "encarnación auténtica de toda la canallería y de todo el vicio parisense". Y viene la narración del homicidio frustrado.

"Cuando rendidos ambos de lujuria y de cansancio, horrachos de champaña helada, la Rousset comenzaba a adormecerse con la cabeza sobre los almohadones blandos, una furia inverosímil, una ira de Sansón mutilado por Dalila, me crispó de pies a cabeza, al pensar, con toda la excitación del alcohol en el cuerpo, en los insultos groseros que nos habíamos prodigado en la hora anterior, entremezclándolos de caricias depravadas y en mis planes de vida racional y abstinente, deshechos por la noche de orgía. Un impulso loco surgió en las profundidades de mí ser, irrazonado y rápido como una descarga eléctrica y como un tigre que se abalanza sobre la presa, cerqué con las manos crispadas, sujetando como con dos garras de fierro, la garganta blanca y redonda de la divetta. ¡Ahogarla ahí, como un animal dañino contra las almohadas de plumas! Di un grito horrible al despertarse, asfixiándose, me clavó los ojos, con las pupilas dilatadas, con una expresión de terror sobrehumano y al adivinar mi intención asesina, mientras que seguía es-

trechándola con las manos, gritó con voz ronca, ¡loco!, ¡loco!, ¡está loco! y sacudiéndose con la agilidad de un venado perseguido por la jauría, huyó medio desnuda a encerrarse en su cuarto. llorando de miedo". (28).

Fernández se traslada a Ginebra donde ocasionalmente ve de lejos a una joven a quien llaman Helena, acompañada de un señor entrado en años, la cual se le convierte en idea fija por el resto de su vida. "Cuando desperté esta mañana —escribe Fernández al día siguiente de haberla visto—, después de un dormir enfermizo, conseguido con dos gramos de cloral y lleno de las imágenes del día, de los ojos azules, de la faz pálida, de la cabellera castaña, del incesante revoloteo de una mariposilla blanca sobre tres hojas verdes y del ramo de rosas, el sol rayaba de oro las persianas de mis balcones" (29). Al preguntar por los huéspedes, en la portería del hotel le informan que habían partido muy temprano. Fernández viaja a Londres.

La depresión en Inglaterra se torna desesperada. "Flota sobre mi espíritu el melancólico recogimiento del otoño...". "Me siento sin ánimo de trabajar ni vivir, y pienso en Helena como un chiquillo perdido entre la noche de un bosque, pensaría en las caricias de la madre... Es una obsesión enfermiza casi; al dormir me la veo vestida con el corpiño de seda roja...". Buscó refugio en las mujeres, pero la primera aventura consoladora se le convirtió en pesadilla. "Separándonos de los de ella volví los ojos hacia el fondo oscuro de la alcoba donde la sombra se aglomeraba resistente a la luz eléctrica por el color sombrío de los tapices y di un grito... Acababa de ver unidas, en lo alto del muro, como una medalla antigua, el perfil fino y las canas de la abuelita y sobre él, el perfil sobrenaturalmente pálido de Helena, en una alucinación de un segundo" (30).

La compañera ocasional lo interroga sobre el grito, elogía su hermosura, atrayéndolo hacia ella, pero Fernández pretextó un vértigo y la dejó a solas besándole las manos. Siguió una consulta médica con el doctor Rivington, a quien Fernández cuenta detalladamente su historia. El médico se limita a aconsejarle que regularice su vida, que se distraiga yendo al teatro y a los conciertos, que procure buscar a Helena para que ésta deje de ser un fantasma. Lo incita a satisfacer las necesidades sexuales y a que no las mezcle con sentimientos. Le insiste en que deje los sueños de gloria, el arte, los amores sublimes y que vuelva a su país y se dedique a la agricultura. "Creo inútil decirle —observa Rivington— que los excitantes y narcóticos que usted ha usado han hecho la mitad de la obra al producir su estado de hoy". El médico le muestra un cuadro y Fernández queda convencido de que es el retrato de Helena.

Continúan las angustias. "¿Terror?... ¿Terror de qué?... —se pregunta Fernández—. De todo por instantes... De la oscuridad del aposento donde pasó la noche insomne viendo desfilar un cortejo de visiones siniestras...". "No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *hashish*, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mi cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla *Laségue*". "La locura. ¡Dios mío, la locura! A veces, ¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?... cuántas veces no la he visto

pasar...". "Loco... ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años, así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas..." (31).

El regreso a París se acompañó de una "abominable impresión de ansiedad y de angustia...". "sin motivo y por consiguiente más odiosa, de ansiedad que no se refiere a nada, y a la cual preferiría el dolor más intenso...". Nueva consulta médica. Ahora es con el doctor Charvet. "Me interrogó hábil y discretamente hasta hacerme confesar los cinco meses de abstinencia sexual a que me ha condenado la imposibilidad de tolerar cualquier contacto femenino desde la tarde del bendito encuentro en Ginebra". Charvet le receta bromuros y baños de agua caliente. No obstante, "La angustia —cuenta— me oprime, me agota, me embrutece; me hace sudar frío, me imposibilita para pensar. En las últimas cuarenta y ocho horas no he podido pegar los ojos y el cerebro, fatigado por el insomnio, funciona débilmente. No pienso casi y me muero de ansiedad. ¿De qué?... De nada...". "Desde hace seis horas tiritó de frío, hasta la médula de los huesos, tendido en el diván". "Y no puedo levantarme y me muero de angustia y debilidad... ¡La muerte!... No me impresionan pensar en ella; estoy seguro de que no es ni más horrible ni más misteriosa que la vida" (32).

Vienen a verlo dos médicos que no dan con el mal y llaman a Charvet, quien lo encuentra deprimido físicamente, con un grado de temperatura por debajo de la normal, "pulso de un niño moribundo", palidez de muerto, postración. El médico se niega a darle narcóticos por el estado de debilidad y porque debe levantarle las fuerzas, ya que "El organismo entero presenta graves e inexplicables fenómenos de depresión y de agotamiento". Charvet volvió al día siguiente, lo obligó a tomar dos copas de cognac, le inyectó éter y le hizo tomar unos granulos de cafeína, remedios que se empleaban entonces para los estados adinámicos y de sobrefatiga. Además, le formuló unas cucharadas que le levantaron el ánimo. El 31 de diciembre volvió la ansiedad y la perspectiva del insomnio lo hizo salir a la calle. Al acercarse las doce le sobrevino una crisis de terror tal que perdió el conocimiento. Volvió en sí cuando estaba en el cuarto del hotel acostado en su lecho, con un dolor horrible y fiebre, pero sin ansiedad.

Fernández averigua por la dama del retrato que según el médico era la esposa de un tal Scilly Dancourt, orientalista y viajero impenitente, cuyos pasos se dedicó a averiguar por medio mundo, entretejiendo fantasías con la dama de sus sueños. En esas se inicia el terrorismo con que los anarquistas pusieron en vilo a Europa, y Fernández relata algunos estallidos de bombas ocurridos en París, se muestra partidario de lo que sucede y lo relaciona con el nihilismo de Nietzsche. Al efecto, aconseja a los obreros que profesen la moral de Zarathustra y escribe dirigiéndose a uno de ellos: "haz que salte en pedazos, al estallido del fulminante picrato, la fastuosa vivienda del rico que te explota. Muertos los amos, serán los esclavos los dueños y profesarán la moral verdadera en que son virtudes la lujuria, el asesinato y la violencia. ¿Entiendes obrero?...". (33). En relación con el tema Fernández se entrega a disquisiciones sobre política, religión y moral, en las que aparecen entre otros los nombres de Rousseau, Voltaire, Ibsen, Ravachol y hasta

el del pintor Gustavo Moreau. Tales disquisiciones son frecuentes en la novela. El siguiente párrafo nos muestra su tono y su fondo, inspirados en el pesimismo del personaje.

“Crees tú, crítico optimista que cantaleteas el místico renacimiento y cantas hosanna en las alturas, que la ciencia notadora de los Taine y de los Wundt, la impresión religiosa que se desprende de la música de Wagner, de los cuadros de Puvis de Chavannes, de las poesías de Verlaine y la moral que enseñan en sus prefacios Paul Bourget y Eduardo Rod, sean cadenas suficientes para sujetar la fiera cuando oiga el Evangelio de Nietzsche?... El puñal de Cesáreo Santo y el reventar de las bombas de nitroglicerina pueden sugerirte la respuesta” (34).

Vuelve la etapa de actividad que comienza, como lo anota Fernández, por “una oleada intensa de sensualismo”. Y siguen tres aventuras amorosas. La primera con una norteamericana casada, a quien seduce con el regalo de un collar de diamantes y el recuerdo de sus poesías que la dama había leído en traducciones hechas al inglés. La segunda, con una baronesa alemana, de origen italiano al parecer, Julia Musellaro, a la cual Fernández se refiere en los siguientes términos: “So pretexto de amor al arte pagano y de mi entusiasmo por los poetas modernos de Italia, habíamos tenido en los últimos tiempos conversaciones indeciblemente libertinas”. “Me había recitado los más ardientes poemas en que D’Annunzio canta las glorias de la carne” (35). La otra amante, la más duradera de las tres, fue una colombiana a quien el esposo, su amigo, puso imprudentemente en sus manos.

Entre tanto, Fernández ofreció una “suntuosa fiesta”, de la que se ocuparon los diarios “bulevarderos” y en la que el “richissime américain don Joseph Fernández de Andrade” reunió a la aristocracia parisiense con los intelectuales franceses más renombrados y la colonia hispanoamericana de París.

Pero torna la depresión. “En el aislamiento en que he vivido estas semanas, todos los recuerdos de lo reciente se han borrado a mi alrededor y la imagen de Helena ha ido resucitando hasta hacerse más vívida que nunca. Ayer, al abrir la puerta del cuarto donde están los retratos... un olor extraño y nauseabundo me impidió entrar”. “El nauseabundo olor era el de las últimas flores pedidas a Cannes, que al descomponerse, habían podrido el agua de los vasos”. “Mi alma en ese momento estaba más sombría que el cuarto abandonado y más marchita que las flores” (36).

Y recommenzó la búsqueda de Helena, cuyo encuentro después de tanta persecución produjo a Fernández otra crisis, igual a la última de que lo había sacado el doctor Charvet. El dicho encuentro con Helena tuvo lugar en la tumba en que ésta reposaba desde hacía varios años en un cementerio de París. Fernández describe el hallazgo así: “Caminé unos pasos, y al sentir lo mojado del piso, fui a detenerme bajo las ramas de un árbol y cerca de una columna que tenía la inscripción medio borrada por los años y la lluvia”. “Dando media vuelta para buscar un punto de apoyo en el monumento que tenía a la espalda, y cerrando los ojos, alcancé a cogerme de la verja baja de hierro y de la pilastra que formaba la esquina. Caí de rodillas...”. “De repente dí un grito de terror. Había sentido unas manos que se apoyaban en mis hombros. Volví la cabeza. Era Marinoni...”. “¿Qué tienes? preguntó asustado”. “El vértigo... alcancé a contestarle”. (37).

El final de la novela contiene invocaciones a Helena, como la siguiente:

“¿Muerta tú?... ¡Jamás!”. “No, tú no puedes morir. Tal vez no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero eres un sueño más real que eso que los hombres llaman Realidad. Lo que ellos llaman así, es sólo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio y tú eres el Misterio mismo” (38).

Quienes han dicho que “De Sobremesa” es una biografía del propio Silva tienen razón a medias. Abundan los datos personales, como las claras referencias a los vaivenes de su temperamento, sus preferencias literarias y filosóficas, sus inquietudes científicas, la depresión en París y las de los fines de año, los cuidados médicos a que debió someterse con los tratamientos respectivos, al trabajo que le costaba escribir, el cual explica la parquedad de su obra poética. Existen en particular descripciones exageradas del boato con que soñaba vivir y de las empresas en que deseaba meterse, pero en su vida real hubo bastante de eso. Llama la atención la forma como describe las crisis de melancolía sufridas por Fernández. Recuérdese que llega hasta la pérdida del conocimiento y que una de ellas tuvo lugar un 31 de diciembre a las doce en punto de la noche. Con igual exageración presenta los momentos de ansiedad que extrema hasta el horror.

Existen otras referencias que debieron ser asimismo verdaderas, como la muerte de la abuela y la condena de ésta a las ideas materialistas del poeta. También, varios datos a propósito del padre y de antecedentes hereditarios de ambas familias. Además vuelve a las disquisiciones filosóficas de que trata Juan Evangelista Manrique.

¿Quién fue Helena? ¿Un recuerdo idealizado de Elvira, sumergido en el inconsciente? ¿La misma Adriana que figura en los versos? Al parecer no es otra que la bogotana de quien estuvo enamorado, que lo apreciaba y comprendía pero que casó con otro y a quien prefiere ver muerta en la novela, probablemente por despecho. Albert Beguin ha escrito un libro “El alma romántica y el sueño”, interesante por cuanto el autor anota cómo en la obra de los escritores románticos es imposible separar la realidad de los sueños. En “De Sobremesa” la realidad y lo imaginario se hallan muy entrelazados. Lo más importante a destacar es que se trata de una realidad enfermita, que en general se reduce a anhelos por lograr una actividad descontrolada que permita luchar contra el pesimismo y los accesos depresivos.

Silva convirtió en concepción teórica su vivencia existencial. De ella es expresión fiel “De Sobremesa”, resumida en su poema *Filosofías*. El más descarnado sensualismo llega al agotamiento en edad temprana; el olvido de nada sirve para apaciguar el ánimo; el trabajo hasta agotarse no deja sino enfermedad y fastidio; el arte es vano empeño porque depende de los vaivenes de la moda; las creencias religiosas sólo llevan a dudar de la existencia de un más allá; el estudio apenas conduce a no creer ni en sí mismo; la muerte no libra de la angustia de haber estado vivo; la única solución contra el temor de vivir es hundirse en el Nirvana, según estrofa que cité páginas atrás. Intuición curiosa del genio: la relajación, no ya mediante el yoga sino con sistemas fisiológicos, es terapéutica recomendada hoy para curar la ansiedad y la depresión ansiosa.

MANIA-DEPRESION, MELANCOLIA Y DEPRESIONES SIMPLES

El acceso maniaco aparece entre los 20 y 50 años. El comienzo es brusco y progresivo. El paciente es extravagante y se presenta desaliñado, a veces desnudo. Rostro animado, ojos brillantes, canta, grita, gesticula y no cesa de hablar ni de moverse. Hay excitación psíquica y fuga de ideas, aceleración de las representaciones mentales, exaltación imaginativa, incapacidad para prestar atención voluntaria y excesiva atención espontánea. El lenguaje hablado o escrito suele ser verdadero flujo de palabras. La excitación psicomotriz conduce al paciente a saltar, halar, imitar a quienes lo rodean. Se dan trastornos orgánicos marcados, tales como hambre y sed insaciables e insomnio. La manía puede acompañar a otras enfermedades mentales, por ejemplo a la esquizofrenia.

Entre las formas clínicas cabe señalar la hipomanía que es una forma benigna o atenuada. Se acompaña de exuberancia de pensamiento, conversación fluida e interminable. En un grado menor el individuo se muestra vivo, espiritual, inteligente, brillante, agresivo, irritable, autoritario y sarcástico. El hipomaniaco es hiperactivo, siempre está haciendo algo y no parece sentir cansancio. En él abundan las iniciativas y por eso adelanta empresas múltiples, a las cuales dedica muchas horas diarias de trabajo y en las que suele fracasar con frecuencia. Como falta el control moral suele entregarse a excesos sexuales. En ocasiones hay experiencias delirantes y alucinatorias. Las formas leves son frecuentes en importantes hombres de empresa.

¿Síntomas primarios de los estados depresivos? Humor triste, inhibición de las actividades mentales y físicas, dolor moral y vivencia de la caída del ánimo. Tales estados presentan numerosas variedades. Imposible clasificarlas todavía con precisión según sus causas. Es indiscutible el origen endógeno de la manía-melancolía, cuyos factores hereditarios están más que demostrados. La depresión de involución en la vejez se relaciona asimismo con causas orgánicas. En las denominadas neuróticas, la depresión surge de un momento a otro sin motivos aparentes o mínimos. El factor importante radica en la personalidad premórbida originada en la infancia. En cambio, existen depresiones producidas por factores externos como el estrés, el duelo provocado por un insuceso, la muerte de un ser querido o la pérdida de bienes de fortuna. La intensidad y duración tienen que ver con la constitución del individuo.

El estado melancólico suele establecerse con lentitud. El sujeto permanece acostado o sentado, la cara pálida cubierta por la máscara de una tristeza profunda, rasgos caídos, ojos muy abiertos, mirada fija, entrecejo fruncido. El enfermo sumido en gran abatimiento, no habla sino que gime o llora. Hay inercia e inhibición psíquica total, dolor moral, sentimientos embotados o, mejor, anestesia afectiva, culpabilidad e indignidad, autoacusaciones, hipocondría, búsqueda obstinada de la muerte con rechazo de los alimentos, tentativa de suicidio, a veces "raptus suicida". Se denomina así la impulsión brutal y súbita que precipita a la muerte. El melancólico se dispara un tiro, se arroja por una veotana, o se clava un

cuchillo en pleno corazón. En otras ocasiones, tomada la decisión del suicidio, el individuo permanece tranquilo como si con ella pusiera término a la angustia.

Desde el punto de vista orgánico son constantes los trastornos digestivos. Hay pérdida del apetito, náuseas, mal funcionamiento de estómago e intestinos, estreñimiento, crisis diarreicas, lo que antiguamente se llamaba dispepsia. Asimismo perturbaciones del pulso y de la tensión arterial. Existen dos formas de melancolía, según que prevalezca la atonía o la ansiedad. También, la melancolía simple con tendencia a la inacción, sensación de fatiga, impotencia e improductividad intelectual. En la melancolía estuporosa el sujeto permanece absolutamente inmóvil, no come, no hace ningún gesto. Mantiene la vista fija y su rostro expresa dolor y desesperación. En la forma ansiosa prevalece el miedo y en la delirante puede haber ideas de culpabilidad, ruina, desgracia, dominación, posesión y negación. Se da, por último, una forma hipocondríaca con sensaciones de vacío corporal, de congelamiento del corazón y otras más.

Las depresiones neuróticas sobrevienen con o sin previas experiencias frustrantes, duelos, decepciones, abandono. Se trata de "frustración del amor que se espera, como del amor que se da". Existe en consecuencia una personalidad depresiva básica, que se remontaría a privaciones e inseguridad durante la infancia. A este respecto Spitz ha descrito la **depresión anaclítica** en los niños. El deprimido neurótico es ansioso, necesitado de apoyo, se hace acusaciones como el melancólico. Los síntomas presentan un máximo al despertar y especialmente con el atardecer. Son notorias la lentitud psicomotora, la expresión dramática de las quejas y el complejo de inferioridad. Puede haber las ideas obsesivas. No olvidar las depresiones reactivas por agotamiento. La depresión puede volverse crónica o presentarse como síntoma de perturbaciones mentales, como la esquizofrenia. También las hay sintomáticas de afecciones orgánicas. Por ejemplo, en enfermedades cardíacas, arteroesclerosis, neoplasias, intervenciones quirúrgicas graves, encefalitis epidémica.

En la manía-melancolía los estados se alternan. Se ha sostenido con toda razón que la primera implica un tono de ánimo que se defiende de la segunda. La hiperactividad y la excitación alegre se contraponen a la inercia y la amargura. El antiguo consejo médico antidepressivo, "actúe", "múevase", "trabaje", "haga gimnasia", se basa en el hecho psicológico anotado. Cuando hablamos de que las crisis maniaco-depresivas son alternantes, no quiere ello decir que se sigan siempre las unas a las otras. De pronto la manía no aparece sino después de varios periodos melancólicos cortos o largos, e inversamente. A veces los síntomas se mezclan con prevalencia de los unos o de los otros. Son los estados mixtos de Kraepelin. La manía-depresión tiene grados que van desde la simple personalidad ciclotímica leve hasta los casos en que alguno de esos estados llega a la locura total, o pasos intermedios como la hipomanía y la depresión melancólica, también alternantes o imbricadas.

EL CARACTER DE SILVA

Los antecedentes familiares de Silva muestran rasgos evidentes de predisposición a la manía-melancolía. Re-

pito que por el lado materno hay una rama proveniente de Antioquia, donde aquella es perturbación mental

predominante. Las vidas de su abuelo y su tío abuelo, que alternaban entre la actividad desorbitada de toda índole con los retiros de "Hato Grande", hace pensar en dicha constitución. El padre era asimismo un hiperactivo, bastante soñador como hombre de empresa, vista la clase de importaciones a que se dedicó. Este rasgo hipomaniaco de su carácter se muestra también en la forma como ignoraba las enfermedades que lo aquejaron. A lo anterior se agrega el suicidio de dos de los primos del poeta. Otro antecedente notorio se refiere a la infancia que Silva no tuvo. La anécdota de Demetrio Paredes es bastante demostrativa. El carácter rígido y agresivo de la madre no debió prestarse para dar el amor que los niños requirieron, sino para someterlos a normas desde muy temprano. Recuérdese al respecto las observaciones de Spitz a que hice referencía. Por lo demás, Silva nos dejó testimonio inolvidable cuando refiriéndose a la infancia escribe:

*¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
Cómo tus breves dichas transitorias,
Cómo es de dulce en horas de amargura
Dirigir al pasado la mirada
Y evocar tus memorias!*

Eduardo Guzmán Esponda escribió hermosa página sobre Giacomo Leopardi, de quien dice que encontró su capilla de devotos "en el riñón más bogotano de la ciudad, casi diría, el viejo barrio de La Candelaria. Al comenzar por José Asunción Silva, tan cercano a veces del poeta que fue llamado *sombrio amante de la muerte*". Don Eduardo relaciona la hermosa poesía angustiada de Leopardi con las condiciones en que transcurrió su infancia "dentro del anillo de hierro de los más duros sistemas, que él se esforzó en vano por quebrantar. Entre la rigidez paterna y la agria cicatería materna, no encuentra más distracción que los estudios...", "entre una gente tonta y vil", según palabras del propio poeta. ¿Cierto que no faltan semejanzas entre la infancia de Silva y la de Leopardi? (39).

Sobre Leopardi se han escrito numerosos estudios. Entre los más antiguos figuran los de Francisco De Sanctis, G. Sergi, Arturo Graf y M.L. Patrizi. Los dos primeros coinciden en la vanidad que caracterizó al poeta, en particular durante su juventud. "En ese tiempo — escribe el primero — se había formado una gran opinión de sí mismo". "En su presunción se sentía contento de sí y miraba el porvenir con seguridad". El segundo de los nombrados opina que esa vanidad tocaba los límites de la megalomanía. También están conformes en la incapacidad de Leopardi para ver y gozar de la naturaleza. Ambos piensan que ésta sólo servía al poeta para proyectarse en ella, dado su carácter introspectivo llevado al extremo. Sergi habla de una especie de ambliopía y escribe: "La lírica de Leopardi es la expresión de su impotencia para llegar a la realidad en una forma cualquiera, hasta como amor sexual". El propio poeta confiesa que está afectado de una hipersensibilidad tal que prefiere permanecer encerrado en sí mismo. De Sanctis anota cómo al personaje le era imposible concebir la mujer en la plenitud de su existencia material por cuanto era inepto para comprender la vida en su dimensión exterior.

Capítulo aparte les merece a los autores el pesimismo leopardiano. Según De Sanctis "aquí donde estuvo su dolor y su enfermedad estuvo también su originalidad y su excelencia". Sergi observa que el poeta le escribe a su

hermano Carlos: "Os aseguro que no sólo no experimenté placer alguno en Roma, sino que he estado siempre sumergido en profundísima melancolía". Patriz piensa que la melancolía de Leopardi tuvo un origen orgánico y Graf admite que en buena parte se debió a su estructura psicofísica. ¿Hubo en Leopardi elementos hipomaniacos? Quizá dé cuenta de ellos su afán viajero, igual que en Víctor Hugo. En 1818 quiso huir del hogar y el padre se lo impidió, residió en Roma (1822), Milán (1825) y después en Pisa, Bolonia y Florencia (1826-1828) y en Nápoles (1833-1837). ¿Cierto que hay similitudes entre el carácter de Leopardi y el de Silva?

En la poesía de Silva ocupan lugar preferente la tristeza depresiva, el desprecio por la vida, el susurro incesante de la muerte, la atracción por las horas crepusculares, el desprecio por el triunfo y por cuanto tiene de agradable la existencia. En ella no hay nada de postizo. Todo es vivido, realidad íntima hecha poesía. Su mayor encanto radica en esa veracidad incontrovertible con que está elaborada. Su sencillez atrae por sí misma, por cuanto le son extraños los artificios de lenguaje y las figuras retóricas. Cuando no hay nostalgia, que implica agresión a sí mismo, el poeta deja escapar dicho sentimiento burlándose de todo, pero en particular de la vida misma. Tal hace en "Zoospermos":

*Afortunadamente, perdidos para siempre
os agitáis ahora, ¡oh puntos que sois hombres!
... afortunadamente, zoospermos, en la tierra
no creceréis poblándola de dichas y de horrores;
dentro de diez minutos todos estaréis muertos,
¡hola espermatozoides!*

En la vida de Silva hubo depresiones manifiestas. En París debió padecer una a juzgar por las fórmulas médicas transcritas en páginas anteriores. Entre ellas hay dos para impotencia sexual, que, como indiqué, acompañan a las situaciones depresivas. En estas se presentan asimismo trastornos digestivos para los que se daban remedios como los contenidos en las fórmulas que le recetó el doctor Juan Evangelista Manrique días antes del suicidio. La muerte de su hermana Elvira lo hundió en el episodio de melancolía que dio origen al inmortal "Nocturno". Es de anotar que Silva reaccionó a la muerte del padre de manera muy diferente. Se entregó a inusitada hiperactividad para sanear la empresa de su progenitor y que él no pudo sacar adelante. Otra depresión conocida fue la que siguió al hundimiento de "L'Amérique" en el que perdió toda su obra en prosa. Las siguientes palabras de Aurelio de Castro son muy sugestivas: "Desgraciadamente, las sensaciones agradables sobre todo ponderación que su presencia y su acento producían, se neutralizaban en parte por el efecto que causaban los resplandores siniestros que relampagueaban en sus pupilas, grandes y expresivas. ¿Eran naturales en ellas tales llamaradas? ¿Las había prendido allí el horror dantesco del prolongado peligro que le amenazó entre las ondas embravecidas y el cielo inclemente?" (41).

¿Hubo crisis hipomaniacas en Silva? Sí. Piénsese en la actividad que desplegó en Europa, viajando de un lado a otro y, en particular, informándose de todo, viéndolo todo, leyéndolo todo en un desorden desconcertante. Recuérdese asimismo cuanto hizo para salvar de la quiebra el negocio de su padre, así como su vida en Caracas y la descripción que de él hace Pedro Emilio Coll. Por último, detengámonos en el negocio, mitad realidad y mitad

sueño de los baldosines, el empeño puesto en el asunto y la forma como aquel terminó en manos de sus socios. No resisto la tentación de citar lo que escribió a este propósito Fernando de la Vega:

“Una veintena de años ha, entregué, íntegro, al diario *La Patria* de esta ciudad (Cartagena) un documento valiosísimo, que explica y esclarece la aterradora certidumbre. Consiste en una carta de Silva, en hermosa letra de trazo firme, enderezado a un respetable caballero de allá —don Dionisio Jiménez con fecha 24 de marzo de 1896—. Por la proximidad inmediata de su óbito —dos meses tan solo— podía sentirse el raudo funcionar de su cerebro. Lo convida a contribuir con dinero a la fomentación de una fábrica de baldosas, que estaba llamada a adquirir en poco tiempo desarrollo inusitado, en competencia con el artículo similar y, más aún, a invadir los mercados exteriores de Méjico y las Antillas. Le encarga hablar, en su nombre y con toda la premura, a los demás industriales y comerciantes de Cartagena; cita a algunos de ellos, los señores Marineros y Trucco y Martínez Bossio, y le encarece al señor Jiménez que trate de incluir para la empresa a “todos los pejes gordos”, términos exactos suyos de aquella localidad. “En un arrebato de optimismo y de confianza ciega le arguye para convencerle más: El capital se reembolsará ganando un cincuenta por ciento anual”. Y termina Fernando de la Vega: “Millonario del espíritu. Cresco infeliz de la mente, afanoso por reducir a oro seco y duro de trastienda el polvillo sutil, el ala inconsutil de una quimera-mariposa” (42).

Alberto Miramón fue el primero que habló de ciclotimia en Silva sin mencionar las crisis de hipomanía y ateniéndose tan sólo a estados de ánimo expresados en la poesía, como en los dos poemas “A ti” escritos el 7 y 8 de mayo de 1887, a saber:

OTRA VEZ “DE SOBREMESA”

Sólo una inteligencia tan sensible como la de Silva logró imaginar en “De Sobremesa” el personaje que él hubiera podido ser en el caso de que su problemática mental se hubiera agravado. Silva, el ciclotímico, tipo medio, se encarna en José Fernández, un clásico maniaco-melancólico con crisis que se alternan sucesivamente. “La locura. ¡Dios mío, la locura! A veces, ¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?... cuántas veces la he visto pasar...”. Son palabras de Fernández, cuya manía se expresa en la multitud de iniciativas comerciales que para su fortuna encarga a terceros; en el viajar de un lado a otro; en el dandy que viste y vive ostentosamente; en el hombre de mundo de las fiestas deslumbrantes; en el afán de acceder a las clases aristocráticas de la sociedad parisiense; en el coleccionista de joyas y otros objetos imponderables; en la prodigalidad sin límites con sus amantes de ocasión; en los excesos sexuales; en los accesos de furia que lo empujan a cometer dos tentativas de homicidio. Todo eso está más allá del Silva que gusta vestir y comportarse con boato, que escandaliza a la pacata sociedad santafereña, del Silva sarcástico que gusta burlarse de sus cuntemporáneos, del Silva que se ilustra con desusado desorden, del Silva de los negocios imaginarios, del Silva que cuando toma la palabra habla sin parar, conforme lo pinta el escritor venezolano citado. Pero, las actividades de Fernández ¿no eran acaso sueños del Silva de carne y hueso?

*Tú no lo sabes, mas yo he soñado
entre mis sueños color de armiño
horas de dicha con tus amores...;*

*Apártame tus ojos
no quiero tus miradas,
no quiero tus sonrisas,
memorias son cenizas
y llamas apagadas
se vuelvan a encender.*

Edmundo Rico que trae la contradictoria cita apenas hace hincapié en la hipomanía y habla de “la extraordinaria actividad eufórica, alternando las lucubraciones literarias con sutiles coloquios en compañía”, que, según él, pasó Silva en el retiro de una hacienda sabanera a la muerte de su padre. El notable psiquiatra se refiere más adelante, menospreciándolos, al papel jugado en su vida y muerte por los malos negocios, sin mencionar para nada el motivo psicológico que los originó, y concluye: “La única causa de su muerte, fue, y hay que buscarla en su habitual Depresión Melancólica” (43).

En verdad, Silva fue el típico caso mixto kraepeliano, en quien de tiempo en tiempo se exasperaban la hipomanía y la depresión melancólica, las cuales vivía corrientemente en forma atenuada. La una está presente en sus versos y en sus dolencias, la otra en su afán de leer hasta altas horas de la noche, pretendiendo abarcarlo todo, así como en su comportamiento social. En cuanto a la muerte, pudo ser un típico “raptus suicida” o una crisis depresiva ansiosa que halló la calma mediante la funesta determinación tomada, de donde el aspecto tranquilo con que atendió a sus invitados la noche misma de la fatal determinación. Me inclino por la segunda hipótesis por aquello de que días antes del suicidio se hizo dibujar el contorno del corazón por su médico, doctor Juan Evangelista Manrique.

En cuanto a las crisis depresivas pasa lo mismo. El Silva triste le achaca a José Fernández verdaderos estados melancólicos y momentos de ansiedad en que la angustia adquiere matiz terrorífico. Algunos síntomas son propios del poeta, como la ocurrencia del mal casi siempre durante los fines de año, la inercia sexual, el desgano por el trabajo, sin llegar a los extremos de José Fernández, que se hunde en la inconsciencia y sale de ella ignorante de cuanto le ha sucedido, o del que se retira a un aislamiento casi total como cuando se fue a un sitio en los Alpes Suizos. Llamen la atención las pérdidas de conocimiento a que Silva somete al héroe de “De Sobremesa”. Tales situaciones no se dan en la realidad. Otro fenómeno interesante es la identificación de José Fernández con María Bashkirtsseff, una ciclotímica sobre la cual se equivocó Max Nordeau al diagnosticarla como paranoica y loca moral. No olvidar la antigua coincidencia entre depresión y tisis.

(Continuará)

PRODUCTOS ROCHE S.A.

PROTOCOLO PREMIO ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA - PRODUCTOS ROCHE S.A.

Este premio se concederá por única vez con motivo de la celebración de los 30 años de Productos Roche en Colombia.

Reglamentación

1. Podrán participar todos los médicos graduados en universidades colombianas o grupos científicos dirigidos por un médico graduado en universidad colombiana.
2. El tema de la obra deberá referirse a Investigación Clínica o de Salud Pública de tipo prospectivo, realizada en el país, y con aplicación práctica en Colombia.
3. La obra debe ser original e inédita, debe presentarse escrita a máquina, a doble espacio, en papel tamaño carta, con una extensión máxima de 200 hojas, observando las normas básicas del método científico.
4. La obra debe entregarse en sobre cerrado, en original y copia, con el nombre y la dirección del autor responsable y debidamente encuadrada. El material fotográfico y las ilustraciones deberán presentarse en las condiciones técnicas adecuadas.
5. El tema de la obra no podrá referirse a la investigación de la eficacia, tolerancia o efectos secundarios de un medicamento, alimento o sustancia destinada a la terapéutica.
6. La recepción de las obras se efectuará a partir del 6 de octubre de 1987 hasta el 2 de noviembre de 1988 inclusive, en las oficinas de la Academia Nacional de Medicina, o, en el Departamento Científico de Productos Roche S.A.
7. La obra ganadora será escogida por un jurado de 5 miembros de la Academia Nacional de Medicina, recibirá un premio de \$1.000.000, diploma y la edición y distribución de la misma entre el Cuerpo Médico, realizada por Productos Roche S.A.